

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y BIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona.

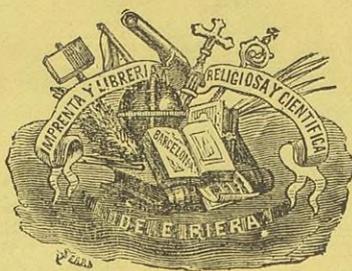
Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 63.

en anteriores acusaciones, ninguna traba limita sus rasgos. Desde el comienzo de su carta se



SUPPLICIO DE LOS TEMPLARIOS.

coloca en ancha y favorable posicion presentándose como á defensor de la fe, protector de los

padres, cuya doctrina dice hallarse desfigurada. Su pluma envenena todas las cuestiones de que trata; cosas insignificantes obtienen las gigantescas proporciones de grandes monstruosidades. Por un especioso sofisma confunde constantemente dos usos esencialmente distintos: *unidad y uniformidad* (1).»

En elegante dicción y con elocuente frase redactó un proceso hueco, pero insinuante, contra la Iglesia romana, pintándola como á corruptora de las tradiciones primitivas y protectora de novedades arbitrarias, es decir, desfigurándola de tal manera á los ojos del lector, que ningun rasgo de su verdadera fisonomía quedaba verdaderamente traducido y todos ellos maliciosamente falseados.

Para refutar aquel cúmulo de caprichosas acusaciones bastaba recordar que poco tiempo ántes de escribirlas Focio se había adherido al espíritu de la Iglesia romana en varias cartas dirigidas á Nicolas I en demanda de la sancion de su patriarcado. Miéntas esperó obtener de Roma algo favorable á sus miras, Focio se hacía una gloria de su adhesion al pontificado; nada tenía que acusar á esta Iglesia que ahora tan pervertida veía; pero desde el momento en que la autorizada palabra del Sumo Pontífice hería de lleno sus pasiones y mataba de un golpe sus esperanzas, Focio irgue su altiva frente y sacudiendo él yugo suave de toda autoridad pronuncia un fatal *¡quién como yo!*

Proponíase Focio crear atmósfera contra la dignidad y la autoridad de la santa Silla, y preparar el espíritu del episcopado de Oriente para herir con magistral mano la causa del pontificado en numerosa é imponente asamblea. Para ello contaba con el genio de seducción y perversión, fecundado por los inmensos recursos materiales que tenía á mano.

No desconoció Roma la gravedad del paso que acababa de dar Focio; paso tanto más temible en cuanto desde los primitivos tiempos se veía en Oriente una tendencia hacia la emancipacion doctrinal. En varias ocasiones anteriores á esta hemos señalado sus indicios y síntomas. Las nubes iban amontonándose desde lejano tiempo; el cisma latía en aquellas regiones, respirándose en el aire religioso. Focio, pues, representaba no sólo la inmensa fuerza de su talento, de su genio y de su posicion personales, sino tambien las tendencias, el espíritu de la raza griega, que aspiró siempre á la soberanía del magisterio. Grecia aspiró constantemente á ser ella la cátedra soberana; su gloria la fijaba en ser considerada como la reina de las escuelas. La voz de Focio era la voz de toda una raza que pretendía ser una iglesia soberana, independiente.

Nicolas I, papa de perspicaz juicio y dominador criterio, midió toda la extension del peligro, y quiso agrupar á su autoridad todo el episcopado ortodoxo para librar gran batalla al cisma naciente. Para preparar la explosion oportuna del sentimiento católico escribió á Hinamaro, arzobispo de Reims, que acababa de reconciliarse con la santa Silla, una carta, que transcribimos, porque siendo el reverso de la de Focio, conociéndola, conocemos lá que la motivó. «Los emperadores griegos Miguel y Basilio, dice, han escrito una carta al rey de los búlgaros, que este príncipe se ha apresurado á remitirnos por medio de sus legados. Su lectura nos convence que los que la han dictado han humedecido la pluma en el lago de la blasfemia, y que en vez de tinta se han servido del fango del error. No sólo condenan ellos á nuestra Iglesia, sino á toda la Iglesia latina, porque ayunamos el sábado y porque enseñamos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pues pretenden ellos que sólo del Padre procede. Acúsannos de tener horror al matrimonio, porque lo prohibimos á los sacerdotes. Incrimínnanos tambien el que no permitamos á los simples sacerdotes ungir con crisma la frente de los bautizados y se dicen persuadidos falsamente de que confeccionamos el crisma con agua de río. Tambien nos echan en cara que no ayunamos ocho semanas en la cuaresma y de que comemos huevos y queso en la semana séptima ántes de Pascua con abstinencia de carne. Calumniosamente nos acusan de ofrecer en la Pascua, á semejanza de los judíos, un cordero sobre el altar con el cuerpo del Señor, y se escandalizan de que no permitamos á los clérigos

(1) Jager, *Historia de Focio*.

el uso de la barba. Nos acusan asimismo de ordenar de obispos á diáconos sin haberles conferido el presbiterado. En fin, y esto es lo más insensato, ántes de recibir á nuestros legados, pretenden obligarles á dar una profesion de fe, en la cual, así sus artículos como los que los admiten, son anatematizados, y á presentar sus credenciales canónicas al que ellos titulan su patriarca universal.»

Nicolas I, despues de exponer con esta sencillez el capítulo de culpas formulado por Focio, por órgano del Emperador ordena á cada metropolitano la convocacion de un Concilio provincial para buscar la mejor manera de triturar estas diversas acusaciones, y encarga á Hinamaro le remita las mejores contestaciones, porque dice «el enemigo, sea visible, sea invisible, no teme nada de nosotros tanto como la concordia. Marchemos, pues, contra el enemigo, no por compañías separadas, sino en cuerpo, de concierto, como un ejército ordenado para la batalla.»

Hinamaro secundó los deseos del Papa. Carlos el Calvo se colocó al lado de la santa Silla. La Iglesia latina vió al punto descollar gloriosos campeones de la justicia. Enéas, obispo de Paris, y Odon, de Beauvais, distinguiéronse por sus contundentes controversias. Ratram, monje de Combia, escribió un libro admirable contra Focio.

Poco esfuerzo debieron hacer aquellos grandes hombres para refutar los cargos en sí pequeños, pero gravemente formulados por el genio del cisma. El ayuno de siete, ocho ó nueve semanas se ve á la primera mirada que nada contiene de esencial; el uso ó el no uso de la barba es una nimiedad ridícula para apoyar una rebeldía; el celibato sacerdotal es una disposicion encaminada á la mayor santidad y pureza de costumbres; el ofrecimiento del cordero sobre el altar en la forma que la pintaba Focio, era sencillamente una calumnia. Quedaba de grave la cuestion de la procedencia del Espíritu Santo.

Pero hasta sobre este punto el verdadero innovador era Focio; porque la Iglesia de Oriente, lo mismo que la de Occidente, tenía admitido y rezaba y cantaba el simbolo de san Atanasio, y por lo tanto confesaba: *Spiritus sanctus, à Patre et Filio, non factus, nec creatus, nec genitus sed procedens.*

Los obispos latinos estuvieron unánimes en defender la ortodoxia de la fe y la legitimidad de la disciplina

No obstante, Focio esperaba un próximo y definitivo triunfo. Confiado en los valiosos medios humanos de que disponía soñaba verse reconocido y aclamado como á pontífice universal, pues figurábasele ser título bastante para reclamar la supremacía religiosa el ser él obispo de la Roma nueva como llamaba á Constantinopla. ¡Cómo si la mayor ó menor proximidad al trono imperial pudiera influir en la magnitud y extension de la mision evangélica!

Dios quiso demostrar á Focio cuán equivocados son los cálculos del hombre, por eminente que éste sea y por encumbrado que esté.

XLI.

Asesinato del emperador Miguel.—Basilio.—Caída de Focio, encumbramiento de Ignacio.—Cordialidad de relaciones entre Constantinopla y Roma.—Concilio general.—Presentacion de los obispos perseguidos por Focio.

En el reloj de la providencia dió la hora de la expiacion de los crímenes cometidos por el emperador Miguel. Inmensa era la responsabilidad contraída por aquel soberano, que tomando el imperio como un eden de deleites, trató únicamente de satisfacer en el trono sus instintos sensualistas. Ya hemos indicado el carácter de aquel ligero y vano Emperador. Destituído de talento y de criterio, carecía de voluntad propia en todo lo que fuera un punto más elevado á las divisiones y pasatiempos grotescos. No envidiaba gobernar, sólo deseaba te-

ner á su lado quien dirigiera las riendas del esplendente tren en que atravesaba el espacio de la vida, á la cual se afanaba á quitar lo que pudiera recordarle que es un destierro. Irreligioso de corazon, era aversivo á los sentimientos puramente humanitarios. La caridad y el valor fueron siempre ajenos á su alma. Si cupiera, que no cabe, pero si cupiera en la espiritualidad del alma el más y el ménos, diríamos que el alma de Miguel era de las ménos espirituales que Dios criara.

Desde que Basilio se sentó al lado suyo en el trono de Constantinopla pudo notarse entre él y el Emperador una discordancia y áun una contrariedad de caracteres alarmante. Basilio tenía criterio, inteligencia, sentimiento y valor. La conducta grotesca y bárbara de su colega en el poder repugnaba á su corazon y á su dignidad. Hubo reclamaciones, expresion de mutua desconfianza entre los consoberanos. Basilio se atrevió á exhibir ante Miguel, pintado con su repugnante colorido, el cuadro de sus costumbres perversas y el pésimo efecto que su irregular y vil conducta causaba en sus gobernados. Agriáronse de tal modo las relaciones imperiales que se hizo imposible la simultánea permanencia de ambos en el poder. Miguel fraguaba contra Basilio una conjuracion semejante á la que le libertó de la sombra de Bardas.

Un día en que Basilio se opuso á que se ejecutaran las órdenes dadas por Miguel, de que se cortara la nariz á un inocente y las orejas á un soldado, dispuso Miguel una partida de caza, ordenando á uno de sus flecheros disparara el arco contra Basilio.

Advertido éste formó á su vez una conjuracion contra la vida de Miguel. Retirado en su aposento despues de su acostumbrada orgía fué invadido por los partidarios de Basilio. Una lucha sangrienta tuvo lugar en los aposentos imperiales, lucha que terminó por el asesinato de Miguel.

La noticia de su asesinato fué recibida con transportes de júbilo; en los veinte y cinco años de su reinado no supo captarse la adhesion sincera de nadie. Tuvo muchos aduladores, ninguno amigo.

Basilio fué proclamado Emperador único de Oriente.

Inauguró su reinado abriendo las puertas de las cárceles y las fronteras de la patria á los aprisionados ó encarcelados por la fe; dirigióse al templo rodeado de su corte, donde dió muestras especiales de piedad. Pero lo que puso un sello característico á la política que se proponía seguir, fué el decreto que en la mañana siguiente de su entronizacion expidió, deponiendo á Focio de su usurpada silla y llamando á ella á su legítimo pastor. El júbilo de la cristiandad no tuvo límites. Miéntas Focio partía custodiado para su destierro de Scépc; un navío imperial partía en busca del legítimo Patriarca. Ignacio no sólo fué recibido como al prelado augusto de Bizancio, sino como al ilustre confesor y el heróico mártir por la fe. El entusiasmo de Constantinopla en aquel día es indescriptible, apénas puede concebirlo la más rica imaginacion.

Basilio se amparó inmediatamente de los papeles de Focio. Entre ellos se encontraron las actas del pretendido y falso Concilio que decía celebrado contra Nicolas I, y las actas de otro Concilio igualmente supuesto contra Ignacio. Un tomo contenía esta nueva ficcion, y en su portada, Asbéstas, el obispo que consagró á Focio, que era mejor pintor que prelado, pintó el retrato de Ignacio. Siete eran las sesiones del pretendido cónclave, y á la cabeza de cada session venía delineado un emblema con la respectiva inscripcion injuriosa y amenazadora para Ignacio.

En la primera habia la figura de Ignacio en actitud de ser azotado y arrastrado, llevando esta palabra escrita en la frente: *el diablo*; en la segunda era escupido en la frente, y al pié estaba escrito: *el principio del pecado*; en la tercera se le presentaba cayendo del trono episcopal, y llevaba este título: *el hijo de la perdicion*; en la cuarta era arrojado ignominiosamente, y se leían al pié estas palabras: *la avaricia de Simon el Mago*; en la quinta se presentaba en la horca, y llevaba por inscripcion esta calumnia: *hé ahí aquel que quiso elevarse*

sobre Dios; en la sexta se presentaba el espectáculo de su condena, y decía: *la abominacion de la desolacion*; en la séptima era decapitado, y se leía: *el anticristo*.

Nicéatas, en su historia, dice que los que asistieron á la lectura de aquel infame documento juraron que había cincuenta y dos testigos consignados en él notoriamente falsos. Sin embargo, Focio había dejado espacio en blanco al pié de aquellas declaraciones para que fueran firmando de veras los que pudiera ir seduciendo.

Este volumen, el que contenía el falso Concilio contra el papa Nicolas, y los volúmenes que enviaba al Emperador de Occidente para atraerlo á su partido fueron expuestos en pleno senado y luégo en la Iglesia á fin de hacer patente á las generaciones la negra perfidia del usurpador. «Todo el mundo se asombraba, dice Nicéatas, que llegara á tanto la perfidia del hombre y que fuese tan sufrida la misericordia de Dios.»

Basilio envió á Roma á Eutimio, uno de sus íntimos escuderos, con la mision de notificar al Papa el cambio radical de la política en Constantinopla. Por desgracia Nicolas I había fallecido sin el consuelo de saber el triunfo de la justicia por el cual tan heroicamente había luchado. Adriano II empuñaba ya las llaves de la Iglesia, y su gozo por tan faustas nuevas fué inmenso.

Ignacio, apénas restaurado en su gloriosa silla, propuso al Sumo Pontífice la celebracion de un Concilio, que reedificara el edificio moral y doctrinal arruinado por las pasiones cismáticas. A este fin, de acuerdo con el nuevo Emperador, envió dos legados á Roma, el escudero Pincas y Juan, obispo de Silea. Focio envió los suyos para vindicarse. Mas uno de ellos, Metodio, pereció en el camino víctima de una tempestad; el otro, Pedro, un metropolitano de Sarchis, como axfisiado por la atmósfera de virtudes y veracidad reinante en Roma, regresó á su país sin ensayar el cumplimiento de su mision.

Los legados de Ignacio y de Basilio obtuvieron en Roma la más entusiasta recepcion. En una sala de Santa María la Mayor fueron recibidos en audiencia solemne por el papa Adriano, rodeado de los grandes dignatarios de la Iglesia y del Estado. En el acto se leyeron las cartas del Emperador y del Patriarca, que eran la elocuente expresion de la angustia en ellos causada por el espectáculo de desolacion y de ruina que presentaba la Iglesia de Oriente perseguida por sus propios hijos. Ignacio hacía en la suya una cordial profesion de fe y de sumision á la autoridad suprema de Roma, cuya primacía absoluta reconocía.

Los legados entregaron al Papa los libros manuscritos en que Focio consignaba las pasiones negras de su alma, y tramaba aquellas túpidas redes, destinadas á impresionar las conciencias de los orientales. Aquel acto sugirió escenas algo dramáticas.

El legado obispo, presentando los libros de los dos supuestos Concilios, los arrojó al suelo diciendo: «Habéis sido maldecidos en Constantinopla, sedlo tambien en Roma.» El legado escudero, hendiéndolos con la punta de su espada, hizo esta declaracion importante que confirma la perfidia de Focio: «Creo que el diablo habita en esta obra, para decir por órgano de Focio, lo que le era imposible decir por sí mismo. Ella contiene una firma falsa del Emperador su amo, despues la de Miguel, que Focio hizo firmar aprovechando uno de sus momentos habituales de embriaguez. No le era más difícil al impostor falsificar la firma de Basilio que la de los obispos ausentes. En cuanto al pretendido segundo Concilio, tan desconocido y quimérico como el primero, dióle ocasion de presentarle rodeado de cierta verosimilitud la residencia transitoria de algunos obispos en Constantinopla, ya á causa de atenciones políticas, ya á causa de negocios eclesiásticos. Dícese que Focio, para suplir las firmas de los obispos incorruptibles, hizo firmar á muchos hombres deshonorados, sin responsabilidad, sin hogar ni ocupacion, expatriados á causa de sus maldades; seducidos por dinero, y por lo tanto, vendedores de sus propias firmas. Mas la certeza de lo ocurrido sólo podrá saberse en sus pormenores despues de una detenida perquisicion.»

Un Concilio celebrado en Roma en aquellos días condenó á las llamas los libros de Focio, despues de haberse demostrado la completa impostura que contenían.

En aquel Concilio el Papa condenó en cinco capítulos las faces todas de la obra de Focio; cuya condenacion debió servir de base á la celebracion de un Concilio general en Oriente, para que aquella cristiandad oyera de más cerca la santa elocuencia de la verdad y la elocuente revindicacion de los derechos conculcados por la proteccion de Focio.

Adriano envió tres legados á Oriente; Donado, obispo de Ostia; Estéban, de Nepí, y Marino, uno de los siete diáconos de la Iglesia romana, los tres llenos de celo para la gloria de Dios y de adhesion firme al pontificado. Como para desagrar á la santa Silla de los ultrajes recibidos de parte del imperio en las personas de otros legados durante el reinado de Miguel y Bardas, dispúsose dispensarles un recibimiento triunfal en Constantinopla. El esplendor del Oriente difundió en aquel acto venturoso sus galas y sus pompas. El pueblo entero acudió con velas y antorchas ante los legados que entraron en la bella Bizancio bañados por oleadas de luz.

El objetivo principal de la embajada romana era la próxima celebracion del Concilio; providencial coincidencia! aquella asamblea que Focio preparaba para hundir definitivamente el poder de Roma, sirvió para exaltar la dignidad de la cátedra apostólica, y el templo de Santa Sofia, que había de ser el teatro donde se representara el escándalo mayor de los siglos, sirvió para el acaecimiento de escenas edificantísimas.

Convocado el Concilio, reunidos los padres en la gran catedral de Bizancio, presididos por los legados de Adriano, ocupando el primer lugar despues de ellos Ignacio, y los inmediatos los legados de Alejandria y Jerusalem, con la asistencia de once oficiales generales en nombre del Emperador, empezó el VIII Concilio general.

Abierta la sesion, los legados y los patriarcas ordenaron que entraran los obispos que habían sufrido cruda persecucion de parte de Focio. Inmediatamente entraron, saludados por las aclamaciones de los padres, los metropolitanos Nicéforo de Amasea, Juan de Silea, Nicéatas de Aténas, Metrofano de Esmirna, Miguel de Rodas, y los obispos Jorge de Iliópolis, Pedro de Troade, Nicéatas de Cefaludia en Sicilia, Anastasio de Magnesia, Nicéforo de Crotonia, Antonio de Alisia y Miguel de Corciria. Los legados dirigiéronles la palabra en estos términos: «Tomad asiento segun vuestro rango, pues de ello sois dignísimos y de todos reconocidos por muy bienhadados.»

Un secretario leyó el discurso del Emperador á los padres.

La primera sesion se empleó en importantes preliminares. Convínose en partir de la sólida base de la union con la Silla romana y de la dependencia de todas las iglesias á la cátedra apostólica; consignóse la nulidad de las bases del patriarcado de Focio, con el cual muchos obispos declararon no haber estado jamas en comunión. Diéronse satisfactorias explicaciones sobre el por qué Roma había condenado á Focio ausente. Nicolas I, dijeron los legados, condenó á Focio como á presente, porque en realidad lo estaba por sus cartas y por sus enviados.

La segunda sesion estuvo consagrada á ocuparse de las persecuciones y vejaciones ejercidas por el usurpador del patriarcado. En aquella sesion, para siempre memorable, se presentaron casi todos los obispos y eclesiásticos que se dejaron vencer por el temor de las penas y de la muerte con que se les amenazaba. Uno despues de otro contaron con sumisa actitud y arrepentido ánimo la historia de las vejaciones que sufrieron y de los artificios que contra su integridad se emplearon. De aquellas reseñas se desprende que muchos de ellos habían sido encarcelados con los paganos sufriendo abrasadora sed y hambre; condenados otros á trabajos forzados, como, por ejemplo, á servir de albañiles y marmolistas, los sablazos y azotes eran el jornal que cotidianamente recibían; otros contaron que se vieron cargados de cadenas y sepultados en infectos calabozos; otros que habían sido relegados á las extremas regiones bajo los climas más intemperantes.

En una exposicion elevada á la santa asamblea, los obispos seducidos, despues de hacer una difusa reseña de los sufrimientos devorados, decían: «Hemos cedido á tantas crueldades como sufríamos y como veíamos que otros sufrían. Nos dejamos seducir, á nuestro pesar, y

con íntima repugnancia. Por esto recurrimos ahora á vuestra misericordia, venimos aquí contritos y humildes de corazón, protestando que rechazamos á Focio y á sus adictos hasta que se conviertan, y nos sometemos voluntariamente á la penitencia que nuestro patriarca guste imponernos.»

Esta sincera confesion de diez obispos enterneció á los conciliarios. Las lágrimas abundantes de jueces y penitentes se mezclaron y confundieron. La caridad reinante allí corrió un velo sobre el triste pasado, y aceptando los confesantes la penitencia de Ignacio, fueron reinstalados en sus dignidades y tuvieron asiento en el Concilio.

La tercera y cuarta sesion versaron, aquélla en los requisitorios contra los metropolitanos de Anciria y de Nicea, que se resistían á firmar el formulario del Papa, y en declarar canónica la carta de Adriano en contestacion á la de Ignacio, y ésta en juzgar la conducta de los legados enviados á Roma para obtener la confirmacion de Focio, y que con sus explicaciones falsas sobre el recibimiento que les había hecho el papa Nicolas fueron causa de la decepcion de algunos obispos. En esta sesion presentóse Teodoro, obispo de Caria, declarando: «Yo fuí engañado; se me aseguró que Focio estaba reconocido por la Iglesia romana; doy gracias á Dios de haberme desilusionado.» Los legados de Focio, Teófilo y Zacarías, persistieron en su rebeldía y fueron expulsados del Concilio.

XLII.

Protervia del perseguidor Focio ante el Concilio.—Su condenacion por el mismo.

El interes sumo del Concilio de Constantinopla se reasumió en su quinta sesion. Focio había sido llamado de su destierro de Scépe á la capital para comparecer ante la augusta Asamblea. El Emperador pidió á los padres se oyera al autor del cisma para evitar futuras protestas. Pero Focio ¿deseaba presentarse ante aquel serio é íntegro tribunal? Evidentemente no. Enviáronsele emisarios legos, pues se opusieron los representantes de Roma á que se le tratara como á obispo reconocido. Seis diputados le comunicaron esta orden: *El Concilio os llama si es que os plazca acudir.* Focio contestó: «Jamás me habéis llamado ante el Concilio y ¿hoy me llamáis á él? ¡Voluntariamente no compareceré!»

Oída esta respuesta el Concilio resolvió que se le obligase á comparecer. La resolucion del Concilio estaba formulada en estos términos: «Nos os hemos llamado segun el orden de la Iglesia, esperando que acudiríais voluntarioso; mas siendo pecador manifiesto y contumaz os resistís á comparecer para eludir vuestra condenacion; ved por qué ordenamos seáis obligado á venir.»

Al comparecer Focio dijeron los legados: «¿Quién es aquel que está en pié en el último lugar?»

Los senadores contestaron: «Es Focio.»

«¿Es aquel Focio, replicaron los legados, que de siete años á esta parte causa tanta pesadumbre á la Iglesia, que ha trastornado por su base la Iglesia de Constantinopla y fatigado todas las iglesias orientales?»

«Es el mismo,» contestaron los senadores.

Entónces le echaron en cara su conducta injusta y cruel contra Ignacio, la deposicion del Patriarca, sus falsedades, sus calumnias, sus perfidias, lo que hizo en secreto contra el Papa. Interrogado sobre varios puntos y artículos, Focio permaneció mudo.

«Sabemos, dijeron los legados, que sois elocuente; hablad, pues.» «Hablad, hablad,» dijeron todos los obispos.

Focio contestó: «¡Aunque no hable, el Señor me oye!»

«Mas vuestro silencio, contestaron los legados, no os librá de ser condenado.»

«El mismo JESUS no se libró de serlo, á pesar de su silencio,» contestó Focio.

Tamaña hipocresía excitó la indignacion de los padres. «¿Qué hay de comun, exclamaron los orientales, entre el crimen y la inocencia?»

Se le invitó caritativamente á reconocer sus errores y sus injusticias, ofreciéndole olvido y perdon. Focio seguía callando.

Requerido de nuevo de solemne manera para someterse á la autoridad doctrinal del Papa y del Concilio, no abandonó su mudez sistemática. Bahanes, patricio encargado por el Emperador de una representacion especial en el Concilio, tomó la palabra y dijo: «Hablad, señor Focio, hablad; exponed cuanto puede contribuir á vuestra justificacion. El mundo entero está aquí; de otra manera podrá ser que el Concilio os cierre las entrañas misericordiosas. Porque ¿á qué tribunal pensáis recurrir? ¿al de Roma? Aquí están los legados romanos; ¿al de Oriente? Aquí están los orientales. Si perseveráis en la dureza de vuestro corazon se os cerrará la puerta...»

Focio se limitó á contestar: «Mi justificacion no es de este mundo, si lo fuese no hubiera vacilado en justificarme.»

De todo lo que se deduce que Focio no sabía cómo contestar á los contundentes argumentos de la santa Asamblea. La pintura de sus crueldades ejercidas contra los fieles era tan expresiva y tan temible, que la más alta elocuencia se sentía débil para atenuar su criminalidad.

El Concilio ofreció á Focio un plazo para meditar sobre la conveniencia de su sumision á la autoridad legítima. El acusado renunció á este favor que la Asamblea le acordaba.

Á la sexta y séptima sesion asistió el Emperador. Tratábase de dar el trascendental veredicto. Á instancias del soberano fueron admitidos á defenderse los obispos cómplices del usurpador. Ante ellos se leyó el extenso proceso del que resultaba la ilegalidad de la deposicion de Ignacio y la criminalidad de los procedimientos contra él adoptados. La exposicion de la mentirosa astucia con que fué presentada á Ignacio, hallándose en la tortura, una fórmula de dimision de su silla, que se le hizo firmar con una cruz al pié, cogiéndole la mano, excitó una protesta enérgica de aquella Asamblea. Algunos obispos, creacion de Focio, tomaron la defensa de sus dignidades, pero el Concilio les confundió.

Con el fin de atraer á los rehacios al seno de la unidad, pronunció el emperador Basilio una alocucion llena del espíritu de caridad. «No nos avergoncemos, les decía, de descubrir el mal para obtener el remedio. Si tanto os repugna dar este paso yo os daré ejemplo de humildad, ignorante y pecador como soy, á vosotros, que sois tan sabios y tan virtuosos. Yo me postraré el primero sobre el pavimento en desden de mi púrpura y de mi corona. Subid sobre mis espaldas, pisotead mi rostro y mis ojos. Estoy dispuesto á sufrirlo todo con tal que vea la reunion de la Iglesia y que salve mi alma...» Con este tono habló largo rato, promoviendo cada palabra suya un movimiento de admiracion y entusiasmo en la parte sana de la Asamblea.

Focio, presentado de nuevo, rehusó la sumision. Como estaba previsto, el Concilio pronunció su sentencia definitiva como á usurpador, cismático, autor del cisma, falsario, adúltero, parricida. Afirma Nicéas que los obispos, para inspirar más horror á los culpables, firmaron la sentencia contra Focio, no con tinta, sino lo que verdaderamente estremece, con la preciosa sangre de Nuestro Señor JESUCRISTO. Nada dicen sobre este particular las actas del Concilio. Nos inclinamos á tomar este aserto como una exageracion ó como una desmedida metáfora.

En la octava sesion pusieron en evidencia los manejos y ocultos artificios de que se valía Focio para realizar sus descabellados planes. Presentáronse al Concilio los pretendidos legados de los patriarcas de Oriente, cuyos nombres figuraban en las actas del supuesto Concilio contra Nicolas; los tres declararon que no tenían noticia alguna ni de su delegacion, ni de sus firmas. Lo mismo contestaron los metropolitanos que aparecían firmados en aquel do-

cumento insigne de falsedad. En fin, quedó sentado que aquel Concilio había sido una osada invencion de Focio.

Á la novena sesion comparecieron la mayoría de los setenta y dos testigos que en 861 declararon contra Focio, y confesaron que en aquella ocasion, instigados por eficaces móviles, habían faltado al testimonio de su propia conciencia. Aceptaron la penitencia que les impuso el Concilio y quedaron reconciliados.

Los resultados de aquel Concilio general fueron declarar nulos todos los actos jurisdiccionales ejercidos por Focio y anatematizado éste y todos sus colaboradores en el gran cisma.

La batalla doctrinal quedó gloriosamente ganada por la Iglesia romana.

Por desgracia el firmamento social del Oriente no se presentaba del todo sereno. Sinietras nubes presagiaban venidera tempestad; la union con Roma estrechada oficialmente no pudo solidarse hasta el punto de dominar las convicciones de los orientales tan inclinados á la independenciam y autonomíam de su Iglesia. Una gran parte del episcopado se sentía emponzoñado por el espíritu de division. Pruébalo el exíguo número de obispos que se creyeron en el deber de secundar el espíritu de Roma. Sólo ciento dos obispos firmaron las actas de aquella vindicacion de los derechos conculcados. En verdad es triste que sólo ciento dos obispos firmaran aquellos testimonios de la verdad y de la justicia y pasaran de trescientas las firmas que autorizaron los conciliábulos contra los sagrados derechos.

Focio, desterrado por el Emperador á Steños, escribió varias protestas contra el Concilio que le condenó. Llevó su altivez hasta compararse al divino Maestro juzgado por el Sanhedrin, comparóse á los santos mártires y confesores, y atribuyó á un castigo providencial el espantoso terremoto que por aquellos días tuvo consternada á Constantinopla.

XLIII.

Nuevas amarguras causadas á Roma por el Oriente.—Emancipacion de los búlgaros.

Los griegos veían con pena la sumision filial de los búlgaros á la Iglesia latina. No cesaron de intrigar para atraerse de nuevo la Bulgaria. El emperador Basilio secundó aquellas miras, y alentados por tan poderoso protector, acudieron á Constantinopla para que les fuera enviado un arzobispo bizantino. El patriarca Ignacio, cediendo á las instancias imperiales, consintió en consagrar para los búlgaros un arzobispo griego. Un cuerpo numeroso de sacerdotes griegos fué enviado á aquella Iglesia, que arrojó á los sacerdotes latinos con el mismo entusiasmo con que los había declarado los únicos dignos de apacentar é instruir á sus fieles.

Adriano II se lamentó amargamente de esta conducta de Ignacio, y hasta llegó á amenazarle con las gravísimas penas por los cánones determinadas contra los que con independenciam de la santa Silla se atrevieran á instituir dignidades eclesiásticas. Aquellos desconsoladores incidentes que turbaron transitoriamente la buena armonía entre el santísimo Padre é Ignacio prueban cuán peligrosa era la atmósfera que se respiraba en el patriarcado bizantino.

Focio intentó explotar aquella lamentable desavenencia escribiendo sentimentales cartas al Emperador, á quien lisonjeaba con penetrante astucia. El silencio de Basilio desconcertó su ánimo. Pero hombre de inagotables recursos de imaginacion y de febril actividad, dirigióse á los *adláteres* del Soberano, escribiéndoles largas y sentimentales cartas en las que se pintaban al vivo las tristezas de su alma y se intentaba la justificacion de su pasada conducta. Con habilidad magistral teñía sus escritos de un color místico capaz de cautivar á quien fuera poco hábil en sondear los resortes de la alta hipocresía. Así es que las cartas dirigidas á sus partidarios, desterrados como él, aseméjense á los escritos de un hombre apostólico sometido á las persecuciones inherentes á la defensa de la verdad. Olvidándose de que él había sido un

gran perseguidor, afea el papel de los perseguidores, y declama contra la tiranía, él que tan tiránicamente había tratado á cuantos tuvieron el valor de defender los derechos de la Iglesia contra sus usurpadores.

¡Cosa particular! Á pesar de la profunda desgracia en que Focio había caído, sus grandes cooperadores le permanecieron fieles; más ó ménos visiblemente todos trabajaron para rehabilitarlo. De ahí que el focionismo tenía red extendida en la opinion pública y hasta en el regio alcázar; de modo que á no haber sido sólida como era la virtud y la justicia de Ignacio, hubiera éste caído, derribado por los inteligentes trabajos de zapa que desde su destierro dirigía su poderoso y formidable rival.

Los deseos de Focio eran salir de su destierro y constituirse en Constantinopla, aunque privado de su dignidad. Gracias á una estratagema modelo de perspicacia, lo consiguió.

En efecto; Basilio, que procedía de una modesta familia de Andrinópolis, era un pobre jóven casi reducido á la indigencia, sin hogar, sin profesion, sin fortuna, cuando por la mediacion de un compasivo monje fué admitido como oficial del emperador Miguel. Algunos lances en los que el valor de Basilio, su fuerza, su pericia en la lucha excitaron la admiracion de la corte, conquistáronle fama de valiente. Miguel le consideró como un tesoro de su casa; las excelentes cualidades personales que reunía le dieron indisputable superioridad sobre los demas cortesanos. Pronto tuvo en sus manos la direccion política del imperio, y fué ésta tan acertada, que no encontró su augusto amo otra recompensa correspondiente á sus servicios eminentes que conferirle el título de César. Basilio se avergonzó de la pobreza de su cuna al verse en la cumbre de las dignidades del imperio, y de ahí que fingiera descender de los príncipes de la Arsadia, que reinaron sobre los partos y dieron leyes al Oriente por espacio de cuatro siglos.

Mandó escribir una falsa historia genealógica de su casa, en la cual, por medio de sostenidas ficciones, se confirmaba la elevacion de su origen y la gloria de su ilustre prosapia. Al ocuparse del padre de Basilio, decía aquella historia que tendría un hijo que sería rey, y rey que eclipsaría la gloria de cuantos reinaron. El retrato de este hijo diseñaba todos los rasgos fisonómicos y morales de Basilio. Se le apellidaba *Beclas*, nombre que reunía en uno sólo las iniciales de Basilio, Eudosa, su esposa, y sus cuatro hijos Constantino, Leon, Alejandro y Stephano.

Focio, sabedor de la pasion dominante en Basilio, hizo escribir en caracteres alejandrinos, sobre pergaminos usados y deteriorados, una historia que confirmara aquella novela y, encuadrada á la usanza antigua, hízola colocar en la biblioteca imperial. Su adicto Teófanos, bibliotecario, se encargó de desempeñar el hábil papel que le trazó su desterrado amigo. Un día en que Basilio visitó la preciosa biblioteca, Teófanos llamó su atencion sobre aquel raro ejemplar. Anheloso Basilio de saber su contenido, expresóle el bibliotecario que sólo Focio era capaz de desentrañarlo. El Emperador mandó llamar á Focio.

Presentóse éste humilde y sumiso, y despues de simular un asiduo estudio de aquel singular documento, á vuelta de algunos días declaró poseer ya el secreto de aquel escrito; pero como incumbía, dijo, á la persona del Emperador cuanto de sustancial en él se encerraba, sólo á aquella augusta persona podía comunicarlo.

Claro está que Basilio no negó al expositor la audiencia. Admitido á la imperial presencia Focio explicó al Soberano la gloriosa historia de su familia, proféticamente reseñada en aquellos viejos pergaminos. Aquella adulacion, por grotesca que fuera, complació á Basilio. El incienso de la lisonja le embriagó hasta hacerle olvidar de su cuna y de sus andrajos. Establecióse cierta cordialidad á causa de estos manejos entre el Soberano y el desterrado. Las esperanzas de éste crecieron, se remozaron de día en día.

Por aquellos días Ignacio abatido, aplastado, caduco, se sintió gravemente enfermo. Sin rehusar una vida, que le era molesta, á pesar de la gloria que la coronaba, aspiraba ya á terminar su mision temporal. El Señor oyó sus plegarias, y Constantinopla y todo el Oriente

supieron su orfandad. Ignacio murió lleno de virtudes, fiel á la Iglesia romana, como un confesor decidido y como un héroe mártir por la fe.

Focio había recobrado su antigua influencia en la corte. Quizá los primeros efectos de esta influencia temible contribuyeron á abatir las fuerzas debilitadas del santo patriarca; preferimos creer esto á asentir á la opinion que atribuye á Focio una responsabilidad más directa sobre aquella muerte.

Lo innegable es que Focio se aprovechó de la desaparicion de Ignacio para reaparecer en su anhelada silla patriarcal.

XLIV.

Reaparicion de Focio en el patriarcado.—Nuevas perturbaciones religiosas.—Crueldades.—Astucias.—Manejos engañosos.—Falsificacion de documentos.—Conciliábulo.—Perversion de los legados pontificios.—Integridad de Marin.

Dueño del ánimo imperial, Focio quiso perseguir á Ignacio hasta en la tumba. Á pretexto de recuperar cierto tesoro que supuso estaba enterrado con los restos del santo Patriarca, mandó revolver sus mortales despojos, sólo por el gusto de ver profanadas aquellas reliquias preciosas que tan glorificadas acababan de ser por el pueblo.

Al tercero día despues del fallecimiento de Ignacio, Focio quedó repuesto por Basilio en la sede constantinopolitana. Rodeado de oficiales de la milicia se presentó á la grande Iglesia en el momento de celebrarse los divinos misterios. Al advertir la presencia del excomulgado, suspendiéronse éstos, y abandonaron precipitadamente altar y coro los sacerdotes oficiantes.

El intruso patriarca reanudó desde su reconquistado trono su antepasada conducta. Los adictos al venerable fallecido pagaron su fidelidad inquebrantable con azotes, prision ó destierro. Depuso los prelados que Ignacio entronizó, sustituyéndolos por sus compañeros de anatema y de desgracia.

«Hubo algunos, dice el abate Jager, que, fieles á las disposiciones del Concilio general, sufrieron el ser blanco del enojo del Patriarca, rehusando su comunión. Los que se resistieron á sus instigaciones fueron entregados al furor de Leon de Catacale, cuñado de Focio. Era aquél el más cruel de todos los hombres. Dió muerte á muchos, segun Nicéatas, que permanecieron fieles hasta el fin; mas otros retrocedieron ante el espanto de los tormentos. Los cristianos de Constantinopla pudieron figurarse estar en aquellos días en que los asesinos de la sinagoga y los furios de la gentilidad ensangrentaban la cuna de la Religion, pues de las reseñas de los historiadores se infiere que Focio en nada se diferenciaba de los principales perseguidores del Cristianismo.»

Y tan cruel como era contra los que podía dominar desde la altura de su posicion, era bajo y adulador para con los que podían atajar el vuelo de su ambicion. El emperador Basilio perdió en aquellos días á su hijo Constantino, y Focio, llevando la lisonja más allá de los límites hasta entónces no traspasados, consagró á su honra iglesias y monasterios como si la Iglesia hubiera reconocido su santidad. Al mismo tiempo Santabaren, colega de Focio, por medio de procedimientos mágicos, fascinaba al Emperador haciéndole aparecer la figura de su hijo, excitando la supersticion en la corte.

Focio, que ántes de su deposicion había roto todo lazo de dependencia con el pontificado romano, comprendió serle necesaria la buena armonía con la silla apostólica para conseguir condiciones de estabilidad. Aprovechando la circunstancia de hallarse en Constantinopla los legados enviados por el Papa para arreglar la cuestion búlgara, Focio celebró con ellos detenidas conferencias, en las que prometió á los representantes de la Santa Sede que su ánimo

era restablecer la union de los búlgaros con el Papa si se reconocía la legitimidad de su patriarcado.

Los legados cedieron tambien esta vez, faltando á la consigna pontificia que tenían.

Focio, comprendiendo la importancia que atribuía la santa Silla á la cuestion de los búlgaros, envió á Roma un representante para negociar su conciliacion. Escribió una carta al Papa, que por sorpresa hizo firmar por algunos metropolitanos y obispos, en la que se aseguraba que sólo por violencia del clero había remontado las gradas del patriarcado. Los firmantes creían suscribir las actas de una adquisicion territorial conveniente á la Iglesia. Todos los actos de Focio llevaban impreso el sello del gran falsario, del falsario tipo. Quizá la historia no recuerde un ejemplar igual á él en el cinismo de la falsificacion. Al mismo tiempo que falsificaba el documento á que aludimos, escribía otra carta igualmente falsa, que supuso encontró entre los papeles de Ignacio, en la que éste suplicaba al Soberano Pontífice que recibiera á Focio en la comunión católica.

Preciso es saber el empeño con que el Papa tomaba la cuestion búlgara para explicar la influencia que la docilidad de Focio, en lo que á ella atañía, tuvo en los consejos de Su Santidad.

El papa Adriano II había escrito á Basilio, diciéndole: «Vuestras cartas atestiguan el deseo que os anima de restablecer la paz en la Iglesia de Constantinopla, y Nós sentimos viva afliccion que despues de tantas amarguras como hemos devorado ya sobre este asunto, persista aún la division. Muchas personas consagradas á Dios continúan dispersas y sufren todavía una persecucion de la que los creíamos libres.»

Este lamento aludía á los latinos perseguidos por su legítima ingerencia en la evangelizacion de la Bulgaria.

Á Ignacio le escribía con acento de firmeza y teson apostólico. «Dos veces, le decía, habéis sido amonestado por la cátedra apostólica para que os contentárais con los derechos de la diócesis de Constantinopla que habéis recuperado por la autoridad y el favor de la primera Silla, y para que no traspasarais los límites fijados por los cánones y por los padres. Pues nadie ignora que desde el papa san Dámaso hasta la irrupcion de los paganos, el país de los búlgaros ha sido gobernado, bajo el punto de vista eclesiástico, por los pontífices romanos. Muchos son los escritos que lo atestiguan, y sobre todo los decretales de algunos Papas conservados en los archivos. Lo que la guerra trastornó, decía san Leon, debe restablecerlo la paz. Mas, venerable hermano, vos habéis leído todo esto y habéis luego cerrado los ojos; habéis pisoteado los decretos de los santos Padres, y, olvidando los innumerables beneficios que debéis á la cátedra apostólica, os habéis erguido contra ella, y arrebatándole una de sus antiguas provincias, no habéis temido, contrariamente á la ley divina, meter vuestra hoz en campo ajeno. Por esto, despues de la primera y segunda amonestacion, debemos separaros de la comunión católica, en castigo de vuestra desobediencia. Mas, siguiendo la moderacion de la silla apostólica, y usando de dulzura con preferencia á severidad, os dirigimos esta tercera amonestacion canónica por medio de nuestros legados y de nuestras cartas, exhortándoos, conjurándoos, compeliéndoos á enviar sin aplazamiento en Bulgaria hombres activos que recorran el país y saquen de él á todos cuantos encuentren ordenados por vos ó por vuestros dependientes, de suerte que dentro de un mes no quede allí ningun obispo ni sacerdote por vos ordenado.»

Esta carta llegó á Constantinopla cuando Ignacio había fallecido. Sin duda á su recepcion el ardiente confesor de la fe católica y defensor de los derechos de la santa Silla contra Focio se hubiera sometido incondicionalmente. No era Ignacio un prelado capaz de cometer manifiesta rebeldía contra la autoridad apóstólica. Por esto el Oriente y el Occidente conservan su memoria con profundísimo respeto y veneracion.

No se necesitaba la suspicacia de Focio para comprender que una actitud sumisa sobre la cuestion búlgara, sería para Roma un título de eficaz recomendacion.

Los embajadores de Focio llegaron á Roma, donde reinaba ya el papa Juan VIII, por fallecimiento de Adriano II. Juan heredó las virtudes y el criterio de su piadoso y discreto antecesor; si bien el estado del mundo religioso y político le hizo más y más inclinado á procurar la solución de algunos de los numerosos conflictos entónces acontecidos. Cuatro meses estuvieron negociando el objetivo de su misión, que era obtener el reconocimiento de la dignidad de Focio, en cambio de la sumisión religiosa de la Bulgaria á Roma, y de eficaces recursos orientales para dominar los sarracenos de Occidente. Para allanar al Papa el camino del reconocimiento, los legados le aseguraron los deseos y hasta las solicitudes del clero constantinopolitano en este sentido. Juan VIII consintió al fin declarando que no intentaba oponerse á las resoluciones del VIII Concilio general, sino dispensar algunos de sus decretos para mejor conseguir la paz y la unión religiosa del Oriente. Los anatemas lanzados contra Focio quedaron levantados y pronunciada excomunión á los que resistieran su reconocimiento.

Esta condescendencia excitó las protestas de una gran parte de hombres religiosos, que veían sin nebulosidades la red que con maliciosa astucia se tendió sobre el camino diplomático del Pontífice.

Mas la conducta conciliadora de Juan VIII ha encontrado valiosos apologistas. El deseo de concluir un cisma perjudicial á la unidad y á la moral fué de todos modos un sentimiento noble y generoso. Por otra parte los datos presentados al Papa para ilustrar su juicio estaban tan diestramente coordinados y urdidos, que su falsedad desaparecía tras el conjunto de estudiadas verosimilitudes.

Ademas, el reconocimiento de Focio venía acompañado de una condición grave, pues se le imponía el deber de pedir perdón en pleno concilio.

El genio y la audacia de Focio eludieron este compromiso, que consideró humillante. Por de pronto interpretó á su favor la idea del Concilio ante el que debió comparecer determinando que no habían de asistir sino los obispos griegos. Esta medida favoreció la falsificación de las cartas del Papa á los emperadores y á él; pues no debiendo producirse sino en griego los documentos, la traducción facilitaba lo que con universal escándalo de la posteridad se efectuó. Supresiones de párrafos enteros, adulteración de ciertos pasajes, añadiduras notables, todo se empleó con sorprendente atrevimiento.

Una de las más graves adulteraciones que Focio produjo en aquellos sagrados documentos fué la supresión de todo cuanto honraba la memoria del VIII Concilio general y del santo patriarca Ignacio; en cambio intercaló Focio párrafos enteros que redundaban en honor y gloria suyos.

Hechos los correspondientes preparativos para la celebración del Concilio; dispuesta la maquinaria de modo que diera sin dificultad el apetecible resultado, inauguróse en la grande iglesia de la ciudad imperial la asamblea formada por trescientos ochenta obispos orientales. Como se ve, el número de los amigos de Focio era dos terceras partes mayor que el de los fieles que le condenaron diez años ántes en aquella misma localidad.

En aquel Concilio presidido por Focio y en el que los legados pontificales ocupaban el segundo lugar, se pronunciaron elogios desmesurados sobre el antiguo usurpador. Zacarías, obispo de Calcedonia, le calificó de «hombre divino,» que poseía «todas las virtudes compatibles con la naturaleza humana.»

Todos los obispos aplaudieron.

El episcopado griego tomó en aquel sínodo una actitud alarmante. Cuanto se relacionaba con las regalías imperiales era secundado y aún exagerado. La cuestión de los búlgaros, suscitada por los legados, fué tratada nebulosamente. Procopio de Cesárea dijo: «Esperamos que Dios someterá al Emperador todas las naciones del mundo; entónces arreglará *como mejor le parezca* todas las metrópolis.» El Concilio aplaudió.

Como Focio se expresara en términos que significaban creerse legítimo patriarca en fecha anterior á las recientes disposiciones del Papa, dijo el cardenal Pedro, presidente de los le-

gados pontificios: «El Papa pide cómo el patriarca Focio ha subido á su trono, pues cree no debió hacerlo ántes de nuestra llegada.» Entónces Elías, representante de Jerusalem, contestó: «Los tres patriarcas de Oriente han reconocido siempre á Focio como á patriarca de Constantinopla, así como todo el clero, ¿quién era capaz de impedir su entronizacion?» El Concilio aplaudió.

«¡Cómo! exclamó el legado Pedro, ¿Focio no hizo violencia para exaltarse?» «No, dijeron los obispos, todo sucedió dulce, suave, pacíficamente.» «¡Pues que Dios sea alabado!» replicó Pedro.

Entónces Focio tomó la palabra, asegurando con juramento que sólo por violencia había sido elevado á la dignidad patriarcal la primera vez; que sus ojos se inundaron de lágrimas al ver la inutilidad de su resistencia. El Concilio exclamó: «¡Es verdad!»

«Cuando Dios permitió que se me depusiera, continuó Focio, no intenté resistir, no promoví sediciones, me quedé tranquilo, quieto, sin agitarme para obtener mi restablecimiento. Pero Dios, que obra milagros, tocó el corazón del Emperador, no por mi causa, sino á causa de su pueblo, y me llamó del destierro. No obstante, mientras vivió Ignacio, mi hermano, no quise tomar su báculo á pesar de la coacción que para ello se me hacía.» «¡Es verdad!» exclamó el Concilio.

«Al contrario, yo quise tener paz y amistad con Ignacio. Ambos vivíamos en palacio, nos arrojamos uno á los pies de otro, mutuamente nos perdonamos. Cuando él enfermó me llamó, yo le visité, le consolé en lo que pude. Me recomendó las personas que le eran más queridas, yo he cuidado de ellas. Al morir el Emperador me compelió á ocupar este puesto, yo cedí á un cambio milagroso como el que se ha operado para no oponerme á la voluntad de Dios.» «¡Exacto!» exclamaron los obispos.

A los aplausos dados á Focio, á las apologías de su talento, de su virtud, de su conducta, acompañaron abiertas censuras, mordaces críticas y severas acusaciones contra el santo Concilio VIII ecuménico y contra los actos de los papas Nicolás y Adriano. Juan de Heraclea hizo responsables á estos papas de todos los desastres sobrevenidos á la Iglesia bizantina.

Los legados no protestaron. Sin duda participaban ya del espíritu de rebeldía dominante en aquellas regiones. La mirada, el sonris, la palabra de Focio les tendría fascinados. El hecho es, que oyeron insensibles la condenacion de todo cuanto legítimamente y canónicamente hizo el verdadero Concilio VIII, y la remision en manos del Emperador de la cuestion de los búlgaros; y todavía más, firmaron una especie de reglamento, suscrito por todo el Concilio, en el que se establecía que, en adelante, todos los que fueran excomulgados por el Papa se entendería que lo eran por Focio, y todos los que lo fueran por Focio se verían privados de la comunión con el Papa. Así establecieron una verdadera igualdad, pusieron á igual altura la silla de Constantinopla y la de Roma. Toda esperanza, ó mejor, todo derecho, de apelacion á la cátedra de Pedro, venía eliminada con tan enorme concesión.

Quedaba sólo en pié de la hermosa obra del verdadero Concilio VIII la cuestion dogmática sobre la procesion del Espíritu Santo. Focio no se atrevió á abordarla ante el conciliábulo, por temor de espantar á los legados y promover una protesta, que hubiera perjudicado el mantenimiento de las concesiones de ellos obtenidas. Con su acostumbrada suspicacia resolvió dar por terminado el Concilio. Mas luégo, reuniendo en sesion privada los veinte y cinco obispos más parciales suyos, les indujo á firmar la eliminacion de la palabra *Filioque*. Una carta supuesta de Juan VIII puso el sello á la vista de los orientales á aquella herética supresion. Focio hizo agregar á las actas de su Concilio las de las dos sesiones dogmáticas.

Los legados partieron para Roma «cargados de presentes; pero cubiertos de ignominia,» dice un historiador. Allí pintaron al Papa el fecundo resultado del pretendido Concilio; la paz de la Iglesia de Oriente y el reintegro de la jurisdiccion búlgara fueron citados como dos hechos culminantes. El Papa escribió al Emperador y á Focio congratulándose con ellos de haber realizado la conciliacion de ambas regiones. Pero en la carta de Focio le decía Juan VIII

«saber con desagrado que se había separado de sus órdenes,» aludiendo á la entronizacion á la silla patriarcal sin esperar la comunicacion de los legados; mayormente, añadía, cuando «habíamos resuelto que se os trataría con misericordia.»

Focio, herido en su exquisito amor propio, contestó con altivez «que no necesitaba obtener la misericordia de nadie, porque sólo los criminales la necesitan; y suponer en él tanta necesidad equivale á degradar su persona.» Tamaña contestacion ilustró á Juan VIII, quien envió á Constantinopla en calidad de legado á Marin, diácono de la Iglesia romana. Era Marin un hombre incorruptible; á prueba de amenazas y halagos, á quienes las seducciones afirmaban y los desdenes encendían. De perspicaz mirada, descubría los manejos más sutiles y adivinaba lo que había tras los tupidísimos velos de la aviesa diplomacia.

La corte bizantina comprendió la dificultad de engañar y la imposibilidad de corromper el sutil é íntegro romano. Urgía á los falsarios poner una mordaza á la elocuencia de aquel emisario, servidor imperial de la verdad. El Emperador, quebrantando el derecho de gentes y la inviolabilidad del representante extranjero, ordenó encarcelarle y encadenarle. Un mes estuvo en una prision de Constantinopla, hasta que los remordimientos de Basilio le abrieron las puertas de la esclavitud.

Regresado á Roma, contó al Papa los misterios de iniquidad que sucedieron y sucedían en Oriente. Recio golpe sintió Juan VIII al oír la verídica reseña de su fiel legado. Las complicaciones políticas estaban agravadas por las victorias sarracenas, y la ruptura con el Oriente podía ser fatal para los ejércitos de la Cruz. Pero vasallo de la justicia, única reina que imperaba en el corazon del Pontífice, tuvo valor para prescindir de todo cálculo y de toda indigna transaccion.

XLV.

Nueva condenacion de Focio.—Nueva rebeldía de éste.

El papa Juan VIII, á quien habían acusado de debilidad de carácter, convencido del indigno proceder de la corte y patriarcado de Constantinopla, desplegó admirable energía, dando completa y explícita aprobacion á lo hecho por Marin, y subiendo al púlpito de San Pedro, en presencia del pueblo congregado, desde donde condenó con imponente solemnidad y anatematizó á Focio y á cuantos no le consideraran separado de la comunión católica. Creen algunos que en aquel acto fueron tambien depuestos y condenados los legados infieles en Constantinopla.

Aquel rasgo de valor pontificio encumbró la figura de Juan VIII. Vióse claro que su antigua condescendencia era dictada exclusivamente por la caridad apostólica.

Focio no hizo caso de los rayos del pontificado. Persistió insensible á la indignacion del mundo católico empuñando un báculo que no le pertenecía.

Por aquellos días murió bajo el peso de las fatigas y amarguras Juan VIII, sucediéndole Marin, el intrépido legado, que desconcertó con su teson los anárquicos planes de Bizancio. La elevacion de un personaje del temple del nuevo Pontífice desvaneció las esperanzas de Focio, quien volvió á izar la bandera de la independencia absoluta de la Iglesia de Oriente, que había abajado, cuando vió asequible el camino de la proteccion romana.

El pretexto fué la grave, la trascendental cuestion de la *procesion del Espíritu Santo*.

No corresponde á la índole de este libro entrar en el exámen de las cuestiones dogmáticas. Bástanos consignar que la fe en el dogma negado por Focio y muchos orientales formaba parte integrante de las primitivas creencias católicas. Separábase, pues, el fucionismo del espíritu del Evangelio, y de las doctrinas expresas de los padres. Atanasio, Cirilo, Ori-

genes, expresáronse con evidente claridad sobre este punto de fe. Crisóstomo se había valido ya de la misma palabra, del mismo término que rechazaban los disidentes (1).

San Agustín escribía: No podemos decir que el Espíritu Santo no proceda del Hijo, pues no en vano es apellidado Espíritu del Padre y del Hijo (2). La palabra *Filioque* fué admitida y usada por todo el episcopado de España en los concilios de Toledo y de Lugo en el siglo V.

La tradición fué desdeñada, y el Espíritu Santo proclamado como sólo procedente del Padre, para establecer un muro de eterna división con la fe romana, que jamás suprime ni una coma, ni una jota del símbolo de sus creencias. Mucho talento demostró Focio en sostener la herética opinión; los recursos de su genio supieron encubrir con el brillo de la forma y la especiosidad de la argucia la debilidad de los argumentos. Quebrantó la fe en el corazón de muchos débiles é ignorantes, comprando á precio de la verdad la tiara ecuménica del Oriente. Para conservar su esplendor patriarcal tuvo que rasgar la bandera doctrinal. Así estableció la inmensidad de un mar innavegable entre Constantinopla y Roma.

El papa Marin falleció á los catorce meses de su pontificado, y por lo tanto no pudo conocer la actitud rebelde del patriarca. Adriano III le sucedió; en los cortos días de su pontificado se manifestó inflexible contra la herejía oriental. El emperador Basilio, creyendo encontrar disposiciones más ductiles en Adriano que en Marin, escribió á aquél una carta, que venía á ser un proceso de acusación contra su venerable antecesor. Al llegar á Roma la carta imperial Adriano III había sucumbido y empuñado las llaves de la Iglesia Estéban V. Este Papa contestó con energía, valentía y espíritu evangélico al acusador, apologiando á Marin, asimilándose á su carácter, apropiándose su conducta y advirtiéndole al Emperador que se limitase á cuidar de los asuntos civiles y políticos del imperio, dejando á los pontífices el régimen y gobierno de la Iglesia. «No atinamos, le decía, como hayáis sido capaz de escribir tamaña carta vos que sostenéis la balanza de la justicia y que sabéis bien que el sacerdocio no está sometido al imperio... Conjuro á vuestra piedad á que honréis el nombre y la dignidad del Príncipe de los Apóstoles, conformándoos á sus decretos... Si pertenecéis al redil, si sois oveja del rebaño, como lo espero, no traspaséis los debidos límites. ¿Quién os ha seducido hasta obligaros á cubrir con el ridículo al Pontífice universal y desacreditar á la Iglesia romana, á la que debéis someteros respetuoso? ¿Ignoráis qué Iglesia es la cabeza y maestra de las demás Iglesias? ¿Quién os ha constituido juez de los pontífices cuyas doctrinas deben ser vuestra regla y cuyas preces se elevan al cielo por vos?...»

Con este tono de santa libertad espiritual hablaba Estéban V á Basilio. Cuando la carta llegó á la corte de Bizancio, Basilio había fallecido y su hijo Leon empuñaba el cetro.

Este príncipe, educado en las máximas de la moral acrisolada, amaba la justicia y aborrecía las intrigas del pandillaje que se había apoderado de la corte de su augusto padre. La carta de Estéban V le encorazonó, hasta el punto de deponer á Focio y de castigar á Santabaren, su cómplice en todos sus desórdenes.

La destitución de Focio se revistió de imponente solemnidad. Desde el ambon de la grande Iglesia fué leída una detallada acusación de sus crímenes, y luego se obligó al patriarca á descender de su trono para partir al destierro en un monasterio armenio.

No volvió á turbar ya más Focio el santuario del Señor. Vivió su último período en la deposición. Los griegos han corrido un velo sobre los últimos hechos de su vida.

Su memoria es la de un ejemplar de astucia y rebeldía; su espíritu turbulento amargó los pontificados de Leon IV, Benito III, Nicolás, Adriano II, Juan VIII, Marin, Adriano III, Estéban V y Formoso.

Lástima que los inmensos recursos intelectuales de que le dotó el cielo no los empleara

(1) *Hic est spiritus de Patre et Filio PROCEDENS, qui dividit propria dona sicut vult.* homil. I in symb.

(2) *Nec posumus dicere quod Spiritus Sanctus et á Filio non procedat, neque enim frustra idem Spiritus, et Patris et Filii Spiritus dicitur. De trinit.*

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 102 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.— LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES, Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ, POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando ménos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.